partido del encuentro. No lo vio así desde el principio, fue poco a poco resignándose y analizando el cómo tomar ventaja. Ante la crisis de coyuntura, así lo pensó el presidente de Prisma, lo primero era saber qué pasaba. Pasaba que él no era gay, que lo hacía por la incontrolable perversidad de su alma, que nunca, en público o en privado volvería a vestirse de mujer. Pero también veía que Everardo al menos esa noche era un ángel en camisa arremangada, mezclilla y tenis.

—¿Cuánto tarda en arreglarse?... digo, si no le molesta la pregunta.

—Tardo más de lo que te puedas imaginar… ¿Cuál es tu nombre?

—Everardo. Es que se ve preciosa, la peluca, qué bien le va.

—¿Y tú Everardo, a qué te dedicas?

—A buscar con quien pasarla bien.

—¿Eso es un oficio?

—Jardinero, de pinche casa rica, ya sabe.

—No, no sé… pero habrá algo de romántico en tu trabajo.

—¿Te gustaría saber Yu-Yu?

—¿Escuchaste mi nombre?... ¿desde cuándo me hablas de tú?

—Usted perdone.

Cuando metió su mano en la entrepierna el Presidente de Prisma, Yu-Yu, combinó una experiencia inédita, el llanto con la excitación. Apretó la mano de Everardo, a un movimiento resuelta y delicada, y le dijo recordando lo peor del cine nacional, bésame. Entonces se besaron y el empresario millonario sin que fuera visto, lloraba.

Acaso lo nieguen las feministas, pero hace falta ser mujer para nunca olvidar que si lloras termina mal tu maquillaje. Con todo, Don Ezequiel Amézquita confirmó que nada hay de ridículo en un travesti, al contrario, las fuerzas de la transgresión se agrupan de tal forma que un poder más real que el otro invade de certidumbre los apartados ambientes donde se explaya enérgico lo andrógino.

—Vamos a mi casa.

—¿Dónde vives?

—No muy lejos… ¿cuántos años tienes?

La pregunta de la edad vino acompañada por una temblorosa caricia que regaló al jardinero. Aún antes de terminar la caricia se preguntó: ¿Hasta qué punto estaba dispuesto a llevar esta farsa tan resbaladiza?

Ahora iban en un taxi que olía, por gusto del orgulloso conductor, a desodorante de vainilla. Ezequiel Amézquita comenzó a preocuparse de verdad, por la dirección incierta, por la actitud del jardinero que ya no sabía si era tierno o si fraguaba un secuestro express.

—Desgraciado, ésta no es tu casa… ¿o sí?

—Soy el jardinero de la residencia.

—Y tus patrones… ¿no dicen nada?... ¿cómo son?